

PANEGÍRICO
DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

*Ignem vosi mittere in terram, et quid
voto nisi ut accendatur?
Yo he venido á poner fuego en la tierra,
¿y qué he de querer sino que arda?
(Luc. 12, v. 49.)*

¿Qué fuego es este, católicos, con que nuestro divino Redentor amenaza á la tierra? *Vine*, dice Cristo, *á poner fuego en la tierra*. Y no solamente dice, que su ánimo solo es de que prenda en ella, sino que su voluntad es, que la tierra se abrasase toda con este fuego. El mansísimo Jesús, el dulce Cordero, que venia á tomar sobre sí nuestras maldades, á expiarlas, á pagar por ellas, ese Salvador bondadoso, de quien estaba predicho, que ni aun acabaría de romper una caña hendida; ese divino Maestro nos dice, que no ha venido sino á abrasar la tierra con fuego. ¿Qué fuego es este, señores? ¡Ah, católicos! ese fuego que el Verbo Divino vino á traer á la tierra, no es un fuego destructor, sino un fuego edificador; no es fuego que causa la muerte, sino fuego que dá la vida; es fuego que consume lo malo y alimenta lo bueno; es fuego que purifica, es fuego que une, que dá fuerzas, que dá vigor, que ilumina el entendimiento é inflama á la voluntad.

Este fuego es la CARIDAD, cuyas primeras llamas parten del mismo trono de la Divinidad. La caridad, la primera y la más excelente virtud; la caridad, que obligó al mismo Verbo Eterno á descender del Cielo á la tierra, del seno mismo de la Santísima Trinidad, al seno de nuestra humanidad. Hé ahí, católicos, el fuego que el Hijo de Dios vino á traer á la tierra. ¿Y en qué ocasion pudiera mejor precinizar sus efectos maravillosos, que en esta gloriosa solemnidad del bienaventurado Alfonso María de Ligorio? ¿No se le vió en el si-

glo pasado renovar en su patria los tiempos apostólicos, y evangelizar el reino de Dios con un celo infatigable, á pobres y á ricos, á sábios é ignorantes, á nobles y plebeyos; en las ciudades como en las aldeas, en los palacios como en las chozas del pastor y en las cabañas del campesino? Y no solo esto, sino todavía más: este celoso ministro del Señor, no se contentó con dedicarse á la predicacion; con no menor ardor y asiduidad se le veia administrar el santo sacramento de la penitencia de dia, de noche, en los poblados, en los despoblados, á todas horas. Y para que no quedasen sin un fruto universal y eterno los momentos, que las enfermedades, ó ciertas indisposiciones físicas habituales le impedían librarse al uno ó al otro de estos dos santos ministerios, empleaba estos momentos en escribir esas admirables obras de piedad y de teología, en que se ve brillar la prudencia más exquisita con la más tierna devoción. Hé aquí, pues, amados míos en el Señor, lo que voy á demostraros en este breve rato: *El bienaventurado S. Alfonso María de Ligorio llenó cumplidamente las augustas funciones y los estrechos deberes del apostolado católico.*

Virgen pura, alcanzadme luces y gracias para encomiar debidamente las virtudes de nuestro siervo, A. M.

En el siglo pasado, y precisamente, cuando la impiedad hacia los mayores estragos en las Galias, y en lo más florido de la Alemania, Dios suscitó en la Italia uno de esos ministros evangélicos, que la divina Providencia se place á oponer como muros de bronce, como guerreros invencibles, contra los enemigos de su Iglesia. El bienaventurado Alfonso María de Ligorio fué este héroe privilegiado. Nacido en Nápoles, hácia el año mil seiscientos noventa y siete, de un ilustre origen, dió desde su niñez pruebas inequívocas de su piedad, que ya presagiaban su futura santidad. Sus padres lo entregaron al bienaventurado Francisco de Jerónimo, varon santísimo de la Compañía de Jesús. En tales manos, no pudo sino mejorarse y perfeccionarse más y más nuestro jóven Alfonso María, á medida que crecía en edad. Se alistó, siendo todavía de tierna edad, en muchas cofradías, cuyos ejercicios cumplia exactísimamente. Un poco más adelantado en edad, se ocupaba muy frecuentemente en visitar á los enfermos y servirles en los hospitales, con un amor tan entrañable, que no se separaba de ellos sino con dolor y solo llamado por otras atenciones no ménos graves y piadosas. No se le vió jamás ni jugar con los otros niños sus iguales, ni perder el tiempo en inútiles recreaciones.

Su amor al santo ejercicio de la oracion era inmenso; no solo oía misa frecuentísimamente, sino que permanecía en oracion fervorosa una gran parte del día en los templos. Y no se piense, que todos estos ejercicios de piedad le distrajesen del estudio, ó le impidiesen el aprovechar en las letras. Apenas contaba diez y seis años, cuando, previos los certámenes literarios, mereció recibir la borla de doctor en ambos derechos en la universidad de Nápoles, su patria, muy floreciente en aquella época. Por obedecer á su padre, principió á desempeñar el cargo de abogado y el de la judicatura, en cuyos estados mereció los mayores aplausos y una nombradía extraordinaria. De todas partes acudían á él pobres y ricos, nobles y plebeyos, ciudadanos y rústicos, eclesiásticos y seglares; para con todos se mostraba afable y recto, benigno y justo, apasionado por la justicia muy imparcial en administrarla en su caso y lugar. Sin embargo, él ya adulto y maduro Alfonso María no tardó en conocer los peligros del foro, y no quiso privarse por más tiempo de las santas delicias que le proporcionaban las sencillas, humildes y piadosas prácticas á que se habia acostumbrado desde la niñez. El fuego divino de la caridad comenzaba á arder demasiado en su pecho, para dejarse contener y reprimir por la multiplicidad de los negocios mundanos. Y así es, que renunció á todos éstos, aunque el estado en que el santo jóven se hallaba era bueno en sí mismo y honorífico.

Dios lo llamaba para cosas más altas; así es, que el invicto jóven, despues de haber renunciado á un rico y muy honorífico casamiento, se fué á ofrecer su espada de honor á la santísima Virgen de la Merced, la hizo colgar en su altar como un voto ó promesa, é inmediatamente tomó el estado eclesiástico. Una vez entrado en las órdenes sagradas, el fuego divino que abrasaba su corazon, lo impelia más y más á cosas más arduas y grandes. Apenas se le ordenó de sacerdote, lleno de celo como otro Fineses, comenzó á celar la honra de Dios, á predicar contra los vicios, á exhortar á la práctica de las virtudes, á sacar á los pecadores de su lamentable estado, á promover establecimientos para garantizar la virtud de los escollos del naufragio.

Cuántas veces se le vió atravesar con la celeridad del rayo distancias inmensas; unas veces, para librar á las almas inocentes de las garras del leon infernal; otras, para librar á un pecador de la funesta caída en el abismo de la desesperacion. Animado siempre de la más pura y acendrada caridad, se le ve volar en alas del celo evangélico al socorro de los menesterosos sumidos en la más espantosa miseria, y muy cercanos de su ruina temporal y eterna; multiplicándose pro-

digiosamente, y hallándose milagrosamente en lugares muy distintos, le vemos aquí consolar al triste, allí animar al abatido, y en otras partes remediar un sin número de necesidades, que Dios solo puede calcular.

Juró un odio eterno á la pereza y al ocio; así es, que ni un instante se le vió en reposo; ya orando, ya predicando, ya confesando, ya exhortando, ya leyendo cuando viajaba, ya escribiendo cuando estaba en reposo, jamás se le vió ocioso. ¿Ni cómo era posible que lo estuviera? ¿Acaso el fuego divino de la caridad le dejaba un momento en sosiego? ¿O creéis que las dificultades, las fatigas, los trabajos le arredaban? El amor no sabe lo que son las tardanzas por indolencia; y si esto se dijo del amor natural ¿cuánto más infinitamente prodigiosos no deben de ser los efectos del amor divino? El bienaventurado Alfonso María de Ligorio sabia bien, que un corazon en donde mora el amor divino no duerme, y que por esto la Esposa de los Cantares dijo: Duermo, pero mi corazon está de vela; y así es, que de nuestro Santo no puede decirse que dormía. Su sueño no era sino recobrar nuevas fuerzas para continuar con más vigor el viaje interrumpido.

¡Ah, católicos, y cuánto acusa esta santa y vigilante actividad de nuestro bienaventurado nuestra apatía, nuestra indolencia! Sin embargo, su Dios es el nuestro, su Maestro es nuestro Maestro, su ley es nuestra ley, su evangelio el nuestro, su religion la nuestra, sus deberes nuestros deberes, sus prójimos nuestros prójimos. Si Dios le distribuyó sus gracias y sus dones, esos mismos dones y gracias se nos están ofreciendo á cada hora por ese bondadosísimo Dios, que jamás se cansa de darnos, porque jamás cesa de amarnos. Si la voz de nuestro divino Maestro vino á herir sus oídos y hacerse entender de su corazon, ¿no es tambien cierto, que á nosotros nos está constantemente hablando este divino Señor, y que perennemente llama á la puerta de nuestro corazon? ¿Cómo, pues, amados míos en el Señor, nos mostramos tan sordos é indiferentes á tantos y tan repetidos llamamientos del Señor? ¿Es verosímil que haya una diferencia tan notable entre la pronta y enérgica correspondencia de un S. Alfonso María de Ligorio, á las gracias que el Señor le hizo, y nuestra ingratitud y desleal falta de correspondencia al mismo divino Señor? Si, católicos; no solo esta diferencia es posible sino que es harto real y efectiva, harto frecuente, ordinaria, y general. Sin embargo, las necesidades de nuestra alma y las necesidades de nuestros prójimos van siempre de aumento, porque la inmoralidad, la impiedad, el espíritu de rebelion, el espíritu de desunión, el espíritu de la lujuria.

y todos los demás genios del mal, hacen más estragos que nunca en el seno de la humanidad.

Si lo que llevamos dicho en loor del bienaventurado Alfonso María, nos le presenta muy elevado en santidad y virtud, lo que nos resta que decir lo pone á la cima de la perfeccion y santidad. El Santo, á pesar de tanta actividad y de tanto sacrificio de su reposo y de todo su sér, conoció que el solo no podia bastar á llevar á cabo sus grandiosos proyectos. Por otra parte, conocia muy bien, que él debia morir, y quiso perpetuar su celo evangélico. Y en efecto; la caridad del apostolado es una paternidad mística que no puede quedar estéril; y como Dios la fecunda, por una alma grande que muda de morada, y deja su plaza vacía en el mundo, Dios le suscita una sucesion ilustre que perpetúe sus virtudes engendradoras. Nuestro bienaventurado Ligorio estableció y fundó en Italia una Congregacion de sacerdotes celosos y evangélicos, bajo el título DEL SANTÍSIMO REDENTOR, de donde les ha venido después el nombre vulgarmente conocido de *Padres Redentoristas*. El Santo quiso que sus hijos y alumnos imitasen al Redentor, vendó á predicar y ejercer el ministerio evangélico por las campiñas, por las aldeas, por los caseríos y quintas separadas de las poblaciones. Conocia muy bien el Santo, la penuria de pasto espiritual que experimentan y padecen los pobres aldeanos, los que viven en las quintas, los pastores, y generalmente, cuantos ganan su vida penosa en los despoblados; así es, que proveyó á esta urgentísima necesidad con el Orden religioso que él fundó. ¡Ojalá se hubiese extendido por todas partes, y, especialmente, en donde las inmensas distancias que separan ciertos establecimientos industriales, agrícolas ó rurales, impiden que tantos miles de miserables campesinos oigan ni una sola vez la palabra de Dios!

Al considerar los hechos extraordinarios y las numerosas ocupaciones exteriores en que se empleaba nuestro Santo, se nos ocurre la idea de que, á pesar de sus mejores deseos, no podria el Santo acudir cumplidamente al ejercicio de su perfeccion interior, y la instruccion ó estudio de las letras divinas. ¡Ah, católicos, y cuán poco conocemos hasta dónde puede llegar el hombre, y cuánto puede obrar ayudado de la divina gracia! El apóstol Pablo, después de haber referido largamente las gracias y dones que recibia del Señor en sus celestiales comunicaciones con Él, después de exponer detalladamente las persecuciones que se le habian suscitado, los lazos y asechanzas que se le habian tendido, los trabajos inmensos que padecia, ponía como por vía de añadidura: EL MAS SOLICITO CUIDADO

DE TODAS LAS IGLESIAS. Y notad, que eran Iglesias nacientes que necesitaban de una continua solicitud; porque, de un lado, era menester hacer prosélitos; de otro, instruir á los catecúmenos; de otro, enseñar á los fieles los misterios de nuestra religion; defender á unos y á otros de la perfidia del demonio y de sus ilusiones, de la persecucion de los gentiles entre quienes vivian, y de la astucia de los herejes y falsos cristianos. Todo esto era más que suficiente para dar continua ocupacion á mas de cien obreros evangélicos; pero el Espíritu Santo suplió al número con su gracia, y á cada apóstol le dotó de tanta capacidad cuanta de que necesitar pudiera en la extension vastísima de su mision. Esto mismo, aunque no en tanto grado, se verifica en los fieles siervos de Dios á quienes el Espíritu Santo pone á la cabeza de alguna grande obra, ó Iglesia, y esto mismo se verificó en nuestro siervo Alfonso María. Todas esas ocupaciones exteriores tan multiplicadas, no impidieron que se entregase con increíble ardor y fruto á la enseñanza de las ciencias eclesiásticas y al estudio de las sagradas letras. Enseñaba de continuo, y exponía las Santas Escrituras. Escribió muchas y muy eruditas obras de teología moral y mística; y cuando se leen, nos quedamos admirados de la vastísima erudicion de un ministro evangélico, ocupado de continuo en evangelizar á los pueblos. Las numerosísimas citas que alega en apoyo de las opiniones que expone, esa sencillez y claridad con que resuelve las objeciones mas difíciles, ese lenguaje lúcido, exacto y oportuno con que se explica constantemente, son dotes que realzan sobre manera la pureza de sus doctrinas y sus profundos conocimientos en la teología pastoral.

Pero, en lo que más debo detenerme con vosotros es, en su vida interior y espiritual, en su devocion tierna, sólida é ilustrada. Sabido tenéis cuánta era su devocion cuando niño y cuando jóven. Mas, una vez sacerdote, su piedad y su devocion se elevaron á un grado el más heroico de la perfeccion cristiana y sacerdotal. Desde luego, jamás manchó su conciencia con ningún pecado mortal. Pero á pesar de esto, afigia y maceraba su cuerpo como á su mayor enemigo. Le hizo padecer hambre, sed y vigiliat; lo ceñía con cadenas de hierro y con cilicios; le atormentaba con sendas flagelaciones; y su penitencia era tal, que su cuerpo estaba hecho una carniceria. Solo moderaba estos rigores por la obediencia á su director espiritual, de cuyo beneplácito pendía en un todo, y á quien diariamente, cuando lo podía, daba parte hasta de sus menores movimientos y acciones. El Señor, para probarlo, le enviaba enfermedades que nuestro venerable siervo padecía con heroica resignacion. Ahora bien, católi-

cos. comparemos nuestra conducta con la del santo y bienaventurado Alfonso María, nuestro modo de portarnos con nuestro cuerpo y el modo con que lo trató nuestro siervo de Dios. ¡Ay, mi Señor y Dios mío, que podremos decir delante de Vos, nosotros, que solo vivimos para nuestro cuerpo, y olvidamos que tenemos una alma que salvar! ¡Santo Dios! abrid mis ojos, y los de estos mis oyentes; haced que conozcamos nuestra ilusión, nuestro engaño. Sirvanos de desengaño este santo siervo, que hoy he puesto por modelo á este piadoso auditorio: imitemos su ejemplo, aborrezcamos á este cuerpo de pecado y de muerte, salvemos á esta alma imagen vuestra.

El tiempo me falta para recorrer uno de los principales episodios de la vida de nuestro héroe; solo meditaré con vosotros sobre algunas particularidades que no me es posible pasar en silencio. Los tres principales caracteres de la santidad del siervo de Dios Alfonso María de Ligorio fueron: primero, una tierna y fervorosa devoción á María. Segundo, una contemplación la mas afectiva y efectiva de la sagrada Pasion de nuestro Santísimo Redentor. Tercero, los favores más señalados, las delicias mas inefables en la Santísima Eucaristia, en el culto al angusto y Santísimo Sacramento del altar.—Devoción á María. Fué tanta la piedad del santo siervo de Dios para con la Santísima Virgen, Madre de nuestro Señor Jesucristo, que le era imposible el pronunciar su nombre, ú oirlo pronunciar á los otros sin que sus mejillas se sonrojasen. Al hablar de Ella, experimentaba las más inefables delicias, sin que le fuese posible ni contener, ni reprimir, ni ocultar las vivísimas emociones que le hacian saltar el corazón: más de una vez se le vió arrobado, extático en medio de un concurso numeroso. La santísima virgen María quiso manifestar cuán gratos le eran los obsequios de su siervo, pues que en una ocasion en que el Santo predicaba sobre las Glorias de María, se vió salir de la imagen de esta Señora un resplandor de luz muy vivo, que fué á iluminar el rostro de nuestro glorioso Santo, que brillaba como un sol. En sus ocios, si ocios podían llamarse los momentos en que la fatiga y el cansancio corporal le obligaban á interrumpir sus tareas, compuso ese excelente libro llamado las *Glorias de María*, que tan lleno está de santa y fervorosa uncion para con la virgen Madre de Dios.

Devoción á la Sagrada Pasion del Salvador. Quien tiernamente ama, quien verdaderamente ama, no descansa hasta asemejarse al que ama. Desea el fino amante hacerse uno con el amado. Esta es la ley del amor sagrado; y si algunos destellos se encuentran en el amor natural, puro, casto, sincero; ¿cuánto más inviolables serán las leyes del divi-

no Amor? El bienaventurado Ligorio amaba tan tierno y fino á nuestro Bien, el dulce Jesús, que solo Dios y él han podido conocer la grandeza de este amor. Dulces é inefables deliquios de divino amor le hacian perder frecuentemente el sentido; los éxtasis y arrobamientos durante la oracion eran frequentísimos: su vivir era amar á su buen Jesús, á su dulce Jesús. Cuando rezaba las letanias de este Santísimo Nombre, apenas las podia acabar; cada vez que pronunciaba el dulce nombre de Jesús era para él como una nueva llama añadida al incendio de su corazón; y así es, que se refiere, que cuando estando él ausente del coro, en cierta ocasion, los Religiosos rezaban la letanía del dulce Nombre con alguna ménos pausa que la que el Santo acostumbraba á poner, oyéndola desde la iglesia, no pudo contenerse, y postrado ante el altar; ¡OH MI DULCE Y BUEN JESÚS! decía, Y CUÁN LLANAMENTE TE TRIATAN! PERDON, PERDON; y subiendo inmediatamente al coro se lo reprendió con no menor vivacidad que amor y caridad. Si, pues, tanto amó á nuestro buen Jesús, ¿era posible que no fuese devoto ferventísimo de su Pasion? No solo lo fué, sino que de esta tan continua y sabrosa meditacion le vino al Santo ese inmenso deseo de padecer, que no pudiendo quedar satisfecho de otra manera, él mismo se mortificaba interior y exteriormente, como si su cuerpo hubiese de expiar por los innumerables pecadores que ofenden al Señor.

Devoción al culto del Santísimo Sacramento, esta fué su devoción predilecta. Y ¿qué palabras podrian expresar ese divino incendio en que su alma se abrasaba, esas inefables emociones en que incesantemente palpitaba su corazón, esas celestiales delicias en que se inundaban todas sus potencias? Jamás omitió el celebrar el santo y angusto sacrificio de la Misa; y sea que orase ánte el altar en que estaba el Santísimo Sacramento reservado en el tabernáculo, ó expuesto á la adoracion, sea que celebrase la santa Misa, su espíritu se elevaba en dulces éxtasis, y muy frecuentemente su cuerpo se arrobaba siguiendo el impulso de aquél. La vehemencia del amor divino era tal y tan repelida, que perdía el uso de los sentidos exteriores, y su cuerpo experimentaba movimientos extraordinarios. Su vida entonces era una vida celestial, una vida interior, una vida enteramente separada de la de su cuerpo; y muy bien se verificaba en nuestro Alfonso María aquel sublime apotegma sagrado del gran Apóstol: Vivo yo, pero no soy yo quien vive en mí, sino mi Señor Jesús.

Respecto á las demás virtudes, en que fué tan esclarecido nuestro Santo, solo os diré, que en todas lo fué en un grado heroico, y que no hubo ni una sola en que no se aventajase sobremanera. Su

obediencia resplandeció sobre todo, cuando, á pesar de la repugnancia que tenia en aceptar ninguna dignidad eclesiástica, tuvo que aceptar, sin embargo, el obispado de Santa Águeda de los Godos, aunque muy luego, por causa de sus repetidas enfermedades, se vió precisado á renunciarlo. El celo sacerdotal y la solicitud pastoral y episcopal no se desmintieron jamás en este gran Santo, y rivalizaban en intensidad á las demás virtudes. Su castidad, á prueba, no habiéndola jamás quebrantado en materia grave; su humildad profundísima, su paciencia heroica, su fortaleza invencible, su templanza y sobriedad, cuanto podían soportar las fuerzas de la naturaleza; su justicia rectísima, su prudencia y tino en el obrar, sobrehumanos; hé ahí, amados míos en el Señor, en bosquejo al grande S. Alfonso María de Ligorio. Admirad á esta divina é inefable Providencia, que tan convenientemente provee á su Iglesia de ministros sagrados, que perpetuamente y hasta la consumacion de los siglos continúan la sagrada mision del sacerdocio de Jesucristo. El Salvador prometió á sus apóstoles, ántes de subirse á los Cielos, y en los apóstoles á toda su Iglesia, que permanecería entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. Bien lo palpamos, amados míos en el Señor, muy de manifiesto está siempre y especialmente entre nosotros esta presencia de la Majestad del Redentor en su Iglesia. Su apostolado, este sagrado apostolado que Él fundó en las montañas y valles de la Judea, subsiste y vive siempre entre nosotros. El Espíritu Santo lo renueva y rejuvenece continuamente, como lo vemos en la historia de los fastos eclesiásticos, y como acabo de demostrároslo en el bienaventurado Alfonso María de Ligorio, enviado del Señor para consuelo de su Iglesia.

Ahora, pues, solo me resta para terminar este grave é interesante panegírico, el exhortaros más y más á la seria y franca imitacion de nuestro Santo; cada uno de vosotros aprópiase las virtudes que más cuadren á su estado respectivo; las hay, sin embargo, que convienen á todos los estados; y, por consiguiente, á todos vosotros. Y en efecto; ¿no se nos ha impuesto á todos el dulce y sublime precepto de la caridad? ¿y qué cosa hay más natural y más justa que la de amar á un Dios tan bueno que nos amó desde la eternidad? Dios, que no tiene necesidad de nosotros sino para hacernos mercedes, nos amó tanto, que no paró hasta desprenderse de las celestes alturas del Empíreo para venir á morar entre nosotros, para venir á sufrir por nosotros, para darse en rescate por nosotros, para satisfacer por nosotros, para dar la vida por nosotros. ¿QUÉ MÁS ME QUEDA QUE HACER POR TÍ, HIJO MÍO? nos dice nuestro amoroso Padre y Redentor.

Si, dulce Jesús de mi vida, aún os queda mucho que hacer por nosotros, permitidme que yo me atreva á deciroslo. Nada os queda que hacer respecto de Vos; habeis, por decirlo así, apurado los tesoros inmensos de vuestra misericordia, de vuestra paciencia, que no se deja vencer jamás. Pero nuestra alma está muy enferma, y Vos solo, Médico celestial, podeis curar sus dolencias. Venid pues, dulce Jesús nuestro, venid, y encended en nuestros corazones ese divino incendio que abrasaba el de vuestro siervo S. Alfonso María de Ligorio. Venid, Jesús, hijo de María, venid, y llenad nuestros corazones de una ternura filial y amorosa para con vuestra Madre, y Madre tambien nuestra, la santísima virgen María, de quien fué tan fiel devoto nuestro bienaventurado Santo. Hacednos á todos castos, humildes, caritativos, prudentes y santos, para que despues de haberos servido fielmente en esta vida podamos acompañaros en la bienaventuranza. Amen.